



CON PALABRAS PROPIAS, REVISTA SEMESTRAL

Literatura, géneros menores y obligatoriedad didáctica

ENRIQUE FRANCO CALVO

Aún con olor a tinta fresca llegó a mis manos el número cuatro de *Con palabras propias*, revista semestral que he venido siguiendo gracias a la generosidad del envío del director y editor responsable de la misma, el catedrático universitario y periodista René Nájera Corvera. Si bien se trata de un foro destinado especialmente a maestros en servicios del CAM del Distrito Federal, el número en cuestión interesará a un público mucho mayor que el meramente docente. Es una edición monográfica dedicada al tema de literatura versus subliteratura, abordado por especialistas en la impartición de cursos de español y literatura en escuelas de nivel secundaria y preparatoria. Ofrece interesantes observaciones sobre qué lee la juventud que se prepara en dichos planteles y, lo más importante, cómo es visto este fenómeno por un representativo grupo de profesores que en ella publica artículos y ensayos.

Una de las colaboraciones, escrita por un muy bien informado profesor de literatura, Daniel Guzmán Pelcastre, pone el dedo en la llaga al abordar lo que ha sido una preocupación moderna: ¿qué hace de un texto literario?; de ahí parte a tratar de distinguir entre literatura y subliteratura.

Guzmán Pelcastre utiliza un ya pasado de moda análisis estructural de la literatura (apoyado, naturalmente, en el formalismo ruso representado por Jakobson). Pero no por anacrónica su interpretación resulta impropia, por el contrario, coincidimos con él en más de un punto. Es cierto, hay una "gran literatura" que tiene infinidad de valores propo-

sitivos, sean lingüísticos, éticos, etcétera, y otra que es una literatura menor. Muchas veces, esta última también es difícil de calibrar y, en resumidas cuentas, de definir como algo de menor carga literaria.

Desde mi punto de vista, hoy día debemos de considerar que no hay literatura sin lectores. Es decir, en el cuadro que recrea Guzmán Pelcastre resulta de poco valor el sujeto que lee. Al igual que los formalistas, Pelcastre toma al texto como el único objeto con posibilidades de "decir"; pero el "decir" está en manos de quienes interpretan, de quienes dan juicios de valor. Por lo que ya resulta inadecuado pensar que un texto es literatura por sí mismo. Así, el emisor, mensaje y receptor, debe ser visto como una relación prácticamente indisoluble para su existencia, lo uno no puede estudiarse sin lo otro para que ofrezca resultados.

Los párrafos anteriores me sirven para desarrollar las siguientes ideas. Primero, no hay buenos o malos libros; hay buenos y malos lectores. Un lector es un proyecto, es una sensibilidad, un mecanismo con necesidades específicas. Ahora bien, las edades formativas de lectores de literatura no creo que las haya de manera tan esquemática como ha querido hacer pensar el aparato que conocemos como escuela. La lectura de *El principito* en la infancia puede ser radicalmente distinta de la de un anciano. La información de uno y de otro es diferente —no quiero decir que la de uno sea mejor que la del otro—. Esta diferencia está fincada sobre todo en la

cantidad y calidad de la información y los objetivos del lector en edades distintas. Si se prevé de información a un grupo de educandos, lo más probable es que sus lecturas vayan encaminadas a sustentar ideas, confirmar otras y descubrir nuevas.

Hace poco tiempo leí una novela, *Larva*, de Julián Ríos. La trama, la historia y, sobre todo, su "forma literaria" estoy seguro que sólo podrán interesar a no más de una veintena de lectores en todo México. Si me la hubieran dado a leer como obligatoria en la preparatoria hubiera resultado una de las mayores ofensas a mi inteligencia de aquel tiempo. Me hubiera resultado ilegible, como ilegible me fue Góngora y Quevedo. ¿Por qué razón hablo de esta ilegibilidad? Porque realmente hay textos que nos invitan a participar de proyectos. Una literatura puede ser dócil a partir de que esté más próxima a nuestra realidad. Como en la pintura, donde lo figurativo pareciera en apariencia menos sencillo de comprender pero a la vez más complicado que lo abstracto. Esa aparente sencillez radica en que hay formas que identificamos a primera vista, sin necesidad de un interlocutor que nos las explique. Caso contrario es lo que pasa al veedor lego con la pintura abstracta, pues siempre pregunta ¿y qué significa eso? Acercamiento y distancia parecen dos polos que nos plantean generalmente los productos artísticos, sean plásticos o literarios.

Hay literaturas asibles al primer toque y otras que son en realidad proyectos lingüísticos: extremos. Pero para comprender esto hay que tener información y no dejar de entender

que los libros de literatura sirven para divertir (para divertir: divertir en dos), no para calibrar una materia escolar. El fenómeno de los lectores de literatura me parece complejo en exceso. Pero no dudo en afirmar que por un lado hay una vocación de lector de literatura que hay que fomentar; y por otro, que es precisamente cuando los maestros de literatura gozan en verdad la materia, es que se puede inocular a muchos posibles alumnos con un hábito y un placer. Ambos casos, que se ponen a discusión, claro está, podrían romper una cadena de profesores ignorantes y de estudiantes sin interés.

leyendo *Con palabras propias* encuentro muchos asuntos de primer orden que no me es posible comentar en este espacio. La editorial, escrita por Nájera Corvera, celebra que la revista haya recibido el apoyo económico *Edmundo Valadés* 1998, otorgado por el Fondo Nacional de Cultura y las Artes. Encuentro un texto "Rulfiana" de prosa muy buena que no tiene crédito de autor. Un texto breve pero muy agudo de Cipriano Trinidad González, "La inteligencia robada". En fin, 79 páginas con artículos, ensayos, encuestas y varia sobre el tema de la literatura contra la subliteratura. Cerremos esta nota señalando que el equipo de Nájera Corvera, en el que destacan Daniel Guzmán Pelcastre y Fernando Velasco Gallegos, hace bien en sonar la alarma desde el interior mismo del profesorado, en cuyas manos está la infancia de un pueblo al que, para ser más humano, sin duda alguna le hace falta leer, y leer literatura, sobre todo ●